

Las huellas de la vida

NEFELIBATA



OTROS LIBROS DE
TRACY CHEVALIER EN DUOMO

La voz de los árboles

TRACY CHEVALIER
Las huellas de la vida

Traducción de Ignacio Gómez Calvo



Duomo ediciones

Barcelona, 2019

Título original: *Remarkable Creatures*

© 2009, Tracy Chevalier

© 2019, de la traducción: Ignacio Gómez Calvo

© 2019, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: marzo de 2019

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-17128-63-0

Código IBIC: FA

DL B 3348-2019

Composición:
David Pablo

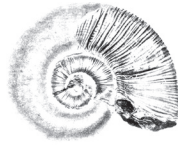
Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mi hijo, Jacob

1

Distinta de todas las rocas de la playa



A lo largo de toda mi vida han caído rayos sobre mí. Solo uno fue de verdad. No debería acordarme, pues no era más que un bebé, pero me acuerdo. Estaba en un prado donde había caballos y jinetes haciendo cabriolas. De repente estalló una tormenta, y una mujer –que no era mamá– me cogió y me cobijó bajo un árbol. Mientras ella me abrazaba fuerte, alcé la vista y vi el dibujo formado por las hojas negras contra un cielo blanco.

Entonces hubo un ruido, como si todos los árboles se desplomaran a mi alrededor, y una luz brillante, muy brillante, que era como mirar al sol. Un zumbido recorrió todo mi ser. Parecía que hubiera tocado un ascua caliente, y olía a carne chamuscada y notaba que había dolor, pero no era doloroso. Me sentía como un calcetín vuelto del revés.

Alguien empezó a tirar de mí y a gritar, pero yo no oía nada. Me llevaron a otro sitio, luego sentí algo caliente alrededor, no una manta, sino algo húmedo. Era agua, sabía que era agua: nuestra casa estaba a la orilla del mar y lo veía por las ventanas. Entonces abrí los ojos y es como si desde ese momento no se hubieran cerrado.

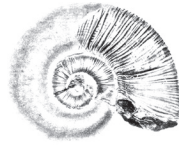
El rayo mató a la mujer que me sujetaba y a dos niñas que estaban a su lado, pero yo sobreviví. Dicen que antes de

la tormenta yo era una niña callada y enfermiza, y después de eso me volví animada y despierta. No sé si están en lo cierto, pero el recuerdo de ese rayo todavía recorre mi ser como un escalofrío. Jalona los momentos importantes de mi vida: cuando vi el primer cráneo de cocodrilo que encontró Joe y cuando encontré su cuerpo; cuando descubrí los otros monstruos en la playa; cuando conocí al coronel Birch. En otras ocasiones siento el rayo caer y me pregunto a qué se debe. A veces no lo entiendo, pero acepto lo que me dice el rayo, pues el rayo soy yo. Entró en mí cuando era un bebé y no se ha ido.

Cada vez que encuentro un fósil siento la resonancia del rayo, una pequeña sacudida que me dice: «Sí, Mary Anning, eres distinta de todas las rocas de la playa». Por eso me dedico a buscar fósiles: para sentir ese rayo y esa diferencia todos los días.

2

*Una actividad sucia y misteriosa,
impropia de una dama*



Mary Anning destaca por sus ojos. Era evidente ya la primera vez que la vi, cuando ella no era más que una niña. Sus iris son castaños y brillantes, y tiene la tendencia del buscador de fósiles a estar siempre a la caza de algo, incluso en la calle o en una casa donde no hay posibilidades de encontrar nada de interés. Eso le da un aire vigoroso, hasta cuando está quieta. Mis hermanas me han dicho que yo también paseo la vista en lugar de fijar la mirada, pero ellas no lo dicen a modo de halago, como hago yo con Mary.

Vengo observando desde hace tiempo que las personas destacan por un rasgo concreto, una parte de la cara o del cuerpo. Mi hermano John, por ejemplo, destaca por sus cejas. No es solo que formen unas matas prominentes sobre los ojos, sino que además son la parte de su rostro que más se mueve, siguiendo el curso de sus pensamientos cuando frunce el entrecejo o lo desarruga. Es el segundo de los cinco hermanos Philpot, y el único varón, por lo que se convirtió en responsable de cuatro hermanas después de la muerte de nuestros padres. Semejante circunstancia haría mover las cejas a cualquiera, aunque ya de niño era serio.

Mi hermana menor, Margaret, destaca por sus manos. Aunque las tiene pequeñas, en proporción los dedos son

largos y elegantes, y toca el piano mejor que el resto de nosotros. Suele agitarlas cuando baila, y duerme con los brazos estirados por encima de la cabeza, incluso cuando hace frío en la habitación.

Frances es la única de las hermanas Philpot que se ha casado, y destaca por su busto, lo que supongo que explica ese hecho. Las Philpot no somos famosas por nuestra belleza. Somos de constitución delgada y facciones pronunciadas. Además, el dinero de la familia solo daba para casar con holgura a una hermana, y Frances se llevó el gato al agua y dejó Red Lion Square para convertirse en la esposa de un comerciante de Essex.

Siempre he admirado a los que destacan por sus ojos, como Mary Anning, pues parecen conocer mejor el mundo y su funcionamiento. Por ese motivo me llevo mejor con mi hermana mayor, Louise. Tiene los ojos grises, como todos los Philpot, y habla poco, pero cuando fija los ojos en ti, te das cuenta.

Siempre he querido destacar también por los ojos, pero no he tenido esa suerte. Tengo una mandíbula prominente y, cuando aprieto los dientes –con más frecuencia de la que debería, ya que el mundo suele decepcionarme–, se tensa y afila como la hoja de un hacha. Una vez, en una fiesta oí a un posible pretendiente decir que no se atrevía a pedirme un baile por miedo a cortarse con mi cara. Nunca me he recuperado de ese comentario. Eso explica por qué estoy soltera y por qué bailo en contadas ocasiones.

Siempre he deseado destacar por los ojos en lugar de por la mandíbula, pero he comprendido que las personas no cambian el rasgo por el que destacan, como tampoco cam-

bian de carácter. Por eso me veo obligada a cargar con esta mandíbula marcada que espanta a la gente y la deja petrificada como los fósiles que recojo. O eso me parece.

Conocí a Mary Anning en Lyme Regis, donde ella ha residido toda su vida. Desde luego no era el lugar donde yo esperaba vivir. Los Philpot nos criamos en Londres, por supuesto, concretamente en Red Lion Square. Aunque había oído hablar de Lyme, como se oye hablar de los lugares de veraneo cuando se ponen de moda, nunca lo habíamos visitado. Por lo general íbamos a ciudades de Sussex como Brighton o Hastings durante el verano. Cuando nuestra madre vivía, insistía en que respiráramos aire puro y nos bañáramos en el mar pues suscribía las opiniones del doctor Richard Russell, que había escrito un ensayo sobre los beneficios del agua del mar, tanto para bañarse como para beberla. Yo me negaba a beber agua del mar, pero a veces nadaba. Me sentía como en casa a orillas del mar, aunque nunca pensé que acabaría siendo así literalmente.

Dos años después del fallecimiento de nuestros padres, mi hermano anunció una noche durante la cena su compromiso con la hija de un amigo abogado de nuestro difunto padre. Besamos y felicitamos a John, y Margaret tocó un vals al piano para celebrarlo. Esa noche lloré en la cama, como imagino que hicieron también mis hermanas, ya que nuestra vida en Londres tal como la conocíamos había tocado a su fin. Cuando mi hermano se casara no tendríamos ni espacio ni dinero para vivir todos en Red Lion Square. Naturalmente, la nueva señora Philpot querría ser el ama de su propio hogar y llenar la casa de niños. Tres hermanas eran demasiadas, sobre todo porque era poco probable que nos

casáramos. Louise y yo sabíamos que estábamos destinadas a quedarnos solteras. Como teníamos poco dinero, debíamos conquistar un marido con nuestro aspecto y carácter, que sin embargo eran demasiado peculiares para servirnos de ayuda. Aunque sus ojos realzaban e iluminaban su rostro, Louise era muy alta –mucho más que la mayoría de los hombres– y tenía las manos y los pies grandes. Además, era tan callada que desconcertaba a sus pretendientes, que creían que los estaba juzgando. Probablemente así era. En cuanto a mí, era bajita y flaca y poco atractiva, y no sabía coquetear, sino que intentaba hablar de temas serios, y eso también espantaba a los hombres.

Así pues, teníamos que trasladarnos, como ovejas que han de desplazarse de un pasto a otro. Y John debía ser nuestro pastor.

A la mañana siguiente mi hermano dejó sobre la mesa del desayuno un libro que le había prestado un amigo.

–He pensado que este verano tal vez os gustaría pasar las vacaciones en un sitio nuevo en lugar de visitar otra vez a nuestros tíos de Brighton –propuso–. Un pequeño recorrido, por así decirlo, por la costa del sur. Ahora que es imposible viajar al continente debido a la guerra con Francia, están apareciendo muchos lugares turísticos en la costa. Tal vez haya algunos que os gusten incluso más que Brighton. Eastbourne, por ejemplo, o Worthing. O, más lejos, Lyminster, o la costa de Dorset: Weymouth o Lyme Regis.

John recitaba esos lugares como si estuviera enumerando una lista que tenía en la cabeza, haciendo una pequeña marca al lado de cada uno a medida que los nombraba. Así funcionaba su metódica mente de abogado. Era evidente

que había pensado con detenimiento adonde quería que fuéramos, aunque nos conduciría hasta allí con delicadeza.

–Echad un vistazo a ver qué os gusta.

John tamborileó los dedos sobre el libro. Aunque no dijo nada, todas comprendimos que estábamos buscando no solo un lugar de veraneo, sino también un nuevo hogar donde pudiéramos vivir en unas circunstancias ligeramente mermadas, y no como indigentes londinenses.

Cuando se hubo marchado a su despacho, cogí el libro.

–*Guía de balnearios y playas para 1804* –leí en voz alta para que Louise y Margaret lo oyeran.

Al hojearlo hallé entradas de poblaciones inglesas por orden alfabético. Por supuesto, Bath, que estaba de moda, tenía la más larga, cuarenta y cinco páginas, junto con un gran mapa y una vista panorámica desplegable de la ciudad, con sus fachadas uniformes y elegantes rodeadas de colinas. Nuestro querido Brighton contaba con veintitrés páginas y una descripción entusiasta. Busqué las ciudades que había mencionado nuestro hermano, algunas de las cuales eran poco más que pueblos pesqueros con pretensiones, merecedoras de tan solo dos páginas llenas de tópicos. John había dibujado un punto en el margen de cada una de ellas. Imagino que había leído todas las entradas del libro y había elegido las más convenientes. Se había documentado.

–¿Qué tiene de malo Brighton? –preguntó Margaret.

Yo estaba leyendo sobre Lyme Regis e hice una mueca.

–Aquí tienes la respuesta. –Le entregué la guía–. Fíjate en lo que ha marcado John.

–«Lyme está frecuentado principalmente por personas de clase media –leyó Margaret en voz alta–, que acuden allí

no siempre en busca de la salud perdida, sino a menudo para sanear sus fortunas maltrechas o restaurar sus rentas agotadas». –Dejó caer el libro sobre su regazo–. Brighton es demasiado caro para las hermanas Philpot, ¿no?

–Puedes quedarte aquí con John y su mujer –propuse en un acceso de generosidad–. Supongo que podrán acoger a una de nosotras. A lo mejor no nos destierran a todas a la costa.

–Tonterías, Elizabeth, no vamos a separarnos –afirmó Margaret con una lealtad que me hizo abrazarla.

Ese verano recorrimos la costa como John había propuesto, acompañadas de nuestra tía y nuestro tío, nuestra futura cuñada y su madre, y John cuando le fue posible. Nuestros compañeros de viaje hacían comentarios como «¡Qué jardines más espléndidos! Envidio a los que viven aquí todo el año y pueden venir cuando les apetece», o «Esta biblioteca pública está tan bien surtida que cualquiera diría que estamos en Londres», o «¿A que el aire de aquí es muy suave y fresco? Ojalá pudiera respirarlo todos los días del año». Era indignante que otras personas opinaran sobre nuestro futuro tan a la ligera, sobre todo nuestra cuñada, que iba a tomar posesión de la casa de los Philpot y no tenía que plantearse seriamente vivir en Worthing o Hastings. Sus comentarios acabaron resultando tan irritantes que Louise empezó a dispensarse de acompañarnos en las salidas en grupo, mientras que yo hacía observaciones cada vez más airadas. Tan solo Margaret disfrutaba de la novedad de los lugares desconocidos, aunque solo fuera para reírse del

barro de Lymington o del rústico teatro de Eastbourne. La localidad que más le gustó fue Weymouth, pues debido a la afición del rey Jorge por la ciudad era más popular que las otras; estaba comunicada con Londres y Bath por medio de varios coches diarios y continuamente llegaban personas elegantes.

Por lo que a mí respecta, estuve de mal humor durante gran parte del viaje. Que alguien sepa que pueden obligarlo a mudarse a un sitio puede hacer que este pierda todo encanto como destino de vacaciones. Resultaba difícil no contemplar cualquier lugar turístico como inferior a Londres. Incluso Brighton y Hastings, ciudades que antes me encantaba visitar, parecían carentes de vitalidad y atractivo.

Cuando llegamos a Lyme Regis solo quedábamos Louise, Margaret y yo: John había tenido que volver a su despacho y se había llevado a su prometida y a su madre, y nuestro tío había sufrido un ataque de gota que lo obligó a regresar cojeando con mi tía a Brighton. Fuimos a Lyme con los Durham, una familia que habíamos conocido en Weymouth; nos acompañaron en el coche y nos ayudaron a instalarnos en nuestro alojamiento de Broad Street, la calle principal de la ciudad.

De todos los sitios que visitamos ese verano, Lyme me pareció el más atractivo. Cuando llegamos era septiembre, un mes estupendo en todas partes; su temperatura templada y su luz dorada consiguen dulcificar el lugar turístico más sombrío. Tuvimos la suerte de contar con buen tiempo y de vernos libres de las expectativas de nuestra familia. Por fin podía formarme mi propia opinión del lugar donde tal vez acabaríamos viviendo.

Lyme Regis es un pueblo que se ha sometido a su geografía en lugar de obligar al terreno a someterse a él. Sus colinas son tan empinadas que los coches no pueden bajar por ellas; los pasajeros se apean en el Queen's Arms de Charmouth o en los cruces de Uplyme y prosiguen el viaje en carros. La estrecha carretera desciende hacia la costa y luego da la espalda al mar para dirigirse de nuevo colina arriba, como si solo quisiera echar un vistazo al mar antes de huir. El final, donde el pequeño río Lym desemboca en el mar, forma la plaza del centro del pueblo. El Three Cups –la posada más importante– se encuentra allí, frente a la aduana y el salón de celebraciones, que, aun siendo modesto, cuenta con tres arañas de cristal y una bonita ventana salediza con vistas a la playa. Las casas se extienden desde el centro a lo largo de la costa y río arriba, mientras que las tiendas y los puestos del mercado ocupan Broad Street. No es una localidad bien planificada como Bath, Cheltenham o Brighton, sino que serpentea a un lado y a otro, como si tratara de escapar de las colinas y el mar sin conseguirlo.

Pero Lyme no acaba ahí. Es como si hubiera dos pueblos juntos, unidos por una pequeña playa de arena con casetas alineadas que esperan la llegada de visitantes. El otro Lyme, en el extremo occidental de la playa, no evita el mar, sino que lo abraza. Está dominado por el Cobb, un largo muro de piedra gris que se curva como un dedo hasta el agua y protege la orilla, con lo que crea un puerto tranquilo para los barcos pesqueros y buques mercantes procedentes de todas partes. El Cobb tiene varios metros de altura y es lo bastante ancho para que tres personas caminen por él cogidas del brazo, como hacen muchos visitantes, ya que ofrece

una bonita vista del pueblo y de la espectacular costa, con colinas ondulantes y acantilados verdes, grises y marrones.

Bath y Brighton son lugares hermosos a pesar de sus alrededores, pues los edificios uniformes de piedra lisa crean un artificio que resulta agradable a la vista. Lyme es hermoso por sus alrededores y a pesar de sus casas anodinas. Me gustó de inmediato.

A mis hermanas también les agradó Lyme pero por motivos distintos. El de Margaret era sencillo: ella era la reina de los bailes de Lyme. A sus dieciocho años, era lozana y alegre, y todo lo guapa que podía ser una Philpot. Tenía unos preciosos tirabuzones morenos y unos brazos largos que le gustaba levantar para que la gente admirara sus gráciles líneas. Si bien tenía la cara un poco alargada, la boca un poco fina y los tendones del cuello un poco marcados, eso no importa demasiado a los dieciocho años. Importaría más adelante. Al menos no tenía la mandíbula afilada como yo ni la desgracia de ser tan alta como Louise. Ese verano había pocas que le hicieran sombra en Lyme y los caballeros le prestaban más atención que en Weymouth o Brighton, donde tenía más competidoras. Margaret estaba encantada de ir de baile en baile, y llenaba los días intermedios con partidas de cartas y tés en los salones de celebraciones, baños en el mar y paseos por el Cobb con los amigos que había hecho.

A Louise no le gustaban los bailes ni las partidas de cartas, pero no tardó en descubrir una zona cerca de los acantilados del oeste del pueblo con una flora sorprendente y unos senderos agrestes y apartados que habían formado las rocas caídas y que estaban cubiertos de hiedra y musgo. Ese des-

cubrimiento satisfizo tanto su interés por la botánica como su carácter retraído.

En cuanto a mí, hallé la actividad a la que me dedicaría en Lyme paseando una mañana por Monmouth Beach, al oeste del Cobb. Habíamos quedado con nuestros amigos de Weymouth, los Durham, para buscar una singular cornisa rocosa de la playa llamada el Cementerio de Serpientes, la cual solo quedaba al descubierto cuando bajaba la marea. Estaba más lejos de lo que creíamos, y costaba caminar por la orilla pedregosa con zapatos finos. Tenía que mantener la vista clavada en el suelo para no tropezar con las rocas. Al pisar entre dos piedras me fijé en un guijarro decorado con unas rayas. Me incliné a cogerlo: la primera de las miles de veces que haría ese gesto a lo largo de mi vida. Tenía forma de espiral, con rugosidades e intervalos lisos alrededor de la columna, y parecía una serpiente enroscada, con la punta de la cola en el centro. Su dibujo regular resultaba tan agradable a la vista que pensé que debía quedármelo, aunque no tenía ni idea de lo que era. Solo sabía que no podía ser un guijarro.

Se lo enseñé a Louise y a Margaret, y luego a la familia de Weymouth.

–Ah, es una piedra de serpiente –declaró el señor Durham.

Estuve a punto de soltarla, aunque la lógica me decía que la serpiente no podía estar viva. Sin embargo, no podía ser una simple piedra. Entonces caí en la cuenta.

–Es un... fósil, ¿no?

Pronuncié la palabra con cierta vacilación, pues no estaba segura de si la familia de Weymouth la conocerían. Na-

turalmente había leído sobre fósiles y había visto algunos expuestos en una vitrina del Museo Británico, pero ignoraba que pudieran hallarse tan fácilmente en la playa.

–Eso creo –dijo el señor Durham–. Se encuentran muchos por esta zona. Algunos vecinos los venden como curiosidad. Los llaman *curis*.

–¿Dónde está la cabeza? –preguntó Margaret–. Parece que se la hubieran cortado.

–Puede que se le haya caído –apuntó la señorita Durham–. ¿Dónde ha encontrado la piedra de serpiente, señorita Philpot?

Señalé el lugar y todos echamos un vistazo, pero no hallamos ninguna cabeza de serpiente. Al poco rato los demás perdieron el interés y continuaron andando. Yo busqué un poco más antes de seguir al grupo, abriendo de vez en cuando la mano para contemplar mi primer espécimen de lo que aprendería a llamar amonites. Resultaba extraño estar sujetando el cuerpo de un animal, fuera el que fuese, y sin embargo me gustaba. Asir su forma sólida era reconfortante, como agarrarse a un bastón o al pasamanos de una escalera.

Al final de Monmouth Beach, poco antes de Seven Rocks Point, donde la línea de la costa desaparecía de la vista, encontramos el Cementerio de Serpientes. Era un saliente liso de piedra caliza en el que había marcas con forma de espiral, líneas blancas sobre la piedra gris, de cientos de animales como el que yo sostenía, solo que aquellos eran enormes, cada uno del tamaño de un plato llano. Era una imagen tan extraña y desoladora que todos nos quedamos mirándolos en silencio.

–Deben de ser boas constrictor, ¿no creen? –comentó Margaret–. ¡Son enormes!

–En Inglaterra no hay boas constrictor –señaló la señorita Durham–. ¿Cómo habrán llegado aquí?

–Puede que las hubiera hace cientos de años –observó la señora Durham.

–O hace incluso mil años, o cinco mil –aventuró el señor Durham–. Podrían ser así de antiguas. Quizá después emigraron a otras partes.

A mí no me parecían serpientes ni ningún otro animal que conociera. Seguí caminando por el saliente con cuidado de no pisar a las criaturas, aunque a todas luces habían muerto hacía mucho tiempo y no eran tanto cuerpos físicos como dibujos en la roca. Costaba imaginar que un día habían estado vivas. Era como si siempre hubieran estado en la piedra.

Si viviéramos aquí, podría venir a ver esto cuando me apeteciera, pensé. Y buscar en la playa piedras de serpiente de menor tamaño y otros fósiles. Era algo. Era suficiente para mí.

Nuestro hermano quedó encantado con nuestra elección. Aparte de que Lyme era económico, William Pitt el Joven había pasado una temporada en el pueblo durante su juventud para recobrar la salud: a John le reconfortaba que un primer ministro británico tuviera tan buena opinión del lugar al que iba a desterrar a sus hermanas. Nos mudamos a Lyme en la primavera del año siguiente; John nos consiguió una casita de campo situada muy lejos de las tiendas y la playa, en lo alto de Silver Street, que es la calle en la que

desemboca Broad Street colina arriba y que lleva fuera del pueblo. Poco después John y su flamante esposa vendieron nuestro hogar de Red Lion Square y, con la ayuda del dinero de la familia de ella, compraron una casa recién construida en la cercana Montague Street, próxima al Museo Británico. Nosotras no pretendíamos que nuestra elección nos cercenara el pasado, pero así fue. En Lyme solo podíamos pensar en el presente y el futuro.

Al principio Morley Cottage nos causó mala impresión, con sus habitaciones pequeñas, sus techos bajos y sus suelos desiguales tan diferentes de los de la casa de Londres donde nos habíamos criado. Era de piedra, con el tejado de pizarra, y tenía un salón, un comedor y una cocina en la planta baja, y dos dormitorios arriba, así como una habitación en la buhardilla para Bessy, nuestra criada. Louise y yo decidimos compartir una habitación y ceder la otra a Margaret, pues se quejaba cuando nos quedábamos leyendo hasta tarde: Louise sus libros de botánica, y yo mis obras sobre historia natural. En la casa no había espacio suficiente para el piano de nuestra madre, el sofá ni la mesa de caoba. Tuvimos que dejarlos en Londres y comprar muebles más pequeños y sencillos en Axminster, y un minúsculo piano en Exeter. La reducción física del espacio y el mobiliario era un reflejo de nuestra propia contracción: habíamos pasado de una familia considerable con varios criados y muchas visitas a formar un grupo reducido con una única criada para cocinar y limpiar, en un pueblo con muchas menos familias con las que alternar.

Sin embargo, no tardamos en acostumbrarnos a nuestro nuevo hogar. De hecho, al cabo de un tiempo nuestra casa de Londres nos parecía demasiado grande. Como tenía los

techos altos y las ventanas muy grandes, resultaba difícil de calentar, y sus dimensiones eran superiores a las que en realidad necesitábamos; la opulencia resulta irritante cuando no se es opulento. Morley Cottage era una casa de mujeres, con el tamaño y las expectativas de una mujer. Naturalmente, ningún hombre vivió allí con nosotras y por eso es fácil pensar de esa forma, pero creo que un hombre de nuestra posición social se habría sentido incómodo. Así se sentía John cada vez que venía de visita; se daba golpes en la cabeza con las vigas, tropezaba en los umbrales desiguales de las puertas, tenía que agacharse para mirar por las ventanas, que eran bajas, vacilaba en la empinada escalera. Únicamente el hogar de la cocina superaba en tamaño a las chimeneas de Bloomsbury.

También nos acostumbramos al círculo social de Lyme, más reducido. Es un lugar solitario; la ciudad más próxima de cualquier dimensión es Exeter, que se halla a cuarenta kilómetros al oeste. En consecuencia, sus habitantes, pese a adaptarse a las expectativas sociales del momento, son peculiares e impredecibles. Pueden ser de miras estrechas, pero también tolerantes. No es de extrañar que haya varias sectas disidentes en el pueblo. Naturalmente, la iglesia principal, la de Saint Michael, sigue perteneciendo a la Iglesia de Inglaterra, pero hay otras capillas que acogen a los que cuestionan la doctrina tradicional: metodistas, baptistas, cuáqueros y congregacionalistas.

Hice unos pocos amigos en Lyme, pero me atraía más el espíritu obstinado del lugar como un todo que las personas concretas..., hasta que conocí a Mary Anning, claro está. Durante años las Philpot fuimos para la gente del pueblo seres trasplantados de Londres, nos miraban con recelo y también

con cierta indulgencia. No éramos ricas –ciento cincuenta libras al año no permitían muchos placeres a tres solteras–, pero desde luego sí más pudientes que muchos vecinos de Lyme, y como londinenses cultas hijas de un abogado inspirábamos cierto respeto. Estoy segura de que el hecho de que ninguna de las tres tuviera marido hacía reír mucho a la gente, pero al menos esbozaban sus sonrisas de suficiencia a nuestra espalda, no en la cara. Si bien Morley Cottage era una vivienda corriente, ofrecía unas vistas estupendas de la bahía de Lyme y las colinas del este que bordeaban la costa, interrumpidas por el pico más alto, Golden Cap; en los días despejados se divisaba la isla de Portland, que acechaba en el agua como un cocodrilo, totalmente sumergido a excepción de la cabeza, larga y plana. Solía levantarme temprano y quedarme junto a la ventana con la taza de té contemplando cómo el sol salía y daba nombre al Golden Cap, y el espectáculo mitigaba el dolor que todavía sentía por habernos mudado a aquella charca remota y destartada de la costa sudoccidental de Inglaterra, lejos del mundo animado y vital de Londres. Cuando el sol bañaba las colinas pensaba que podía aceptar e incluso sacar provecho de nuestro aislamiento, Sin embargo, cuando estaba nublado, soplaban vientos fuertes o el día era simplemente de un gris monótono, me desesperaba.

No hacía mucho que nos habíamos instalado en Morley Cottage cuando tuve la certeza de que los fósiles iban a ser mi pasión. Porque debía encontrar una pasión: tenía veinticinco años, era poco probable que llegara a casarme y necesitaba una afición con que ocupar mis días. A veces ser una mujer resulta muy tedioso.

Mis hermanas ya habían reclamado su territorio. Louise se ponía a cuatro patas en el jardín de Silver Street para arrancar hortensias, que consideraba vulgares. Margaret daba rienda suelta a su afición por las cartas y los bailes en los salones de celebraciones de Lyme. Siempre que podía nos convencía a Louise y a mí de que fuéramos con ella, aunque no tardó en encontrar acompañantes más jóvenes. No hay nada que ahuyente tanto a los posibles pretendientes como unas hermanas solteras que se dedican a hacer comentarios mordaces cubriéndose la boca con los guantes. Margaret acababa de cumplir diecinueve años y todavía abrigaba grandes esperanzas sobre sus posibilidades en los salones, aunque se quejaba del provincianismo de los bailes y los vestidos.

En cuanto a mí, bastó el descubrimiento inicial de un amonites dorado reluciendo en la playa entre Lyme y Charmouth para que sucumbiera a la seductora emoción de hallar tesoros inesperados. Empecé a frecuentar las playas, aunque por aquel entonces pocas mujeres se interesaban por los fósiles. Se consideraba una actividad sucia y misteriosa, impropia de una dama. Me daba igual. No deseaba impresionar a nadie con mi feminidad.

Sin duda, los fósiles son una afición peculiar. No interesan a todo el mundo, porque son solo restos de animales. Si nos paráramos a pensarlo, nos asombraría tener en las manos un cuerpo muerto largo tiempo atrás. Además, no son de este mundo, sino de un pasado que resulta muy difícil imaginar. Ese es el motivo por el que me atraen, pero también por el que prefiero recoger peces fosilizados, con los llamativos dibujos de sus escamas y aletas, pues recuer-

dan los peces que comemos todos los viernes, y por lo tanto parecen formar parte del presente en mayor medida.

Fueron los fósiles los que hicieron que entrara en contacto con Mary Anning y su familia. Apenas había recogido un puñado de especímenes cuando decidí que necesitaba una vitrina en la que exponerlos como es debido. Yo siempre he sido la más organizada de los Philpot: la que metía las flores de Louise en jarrones, la que colocó la porcelana que Margaret trajo de Londres. Esa necesidad de ordenar me llevó al taller que Richard Anning tenía en un sótano de Cockmoile Square, en la parte inferior del pueblo. La palabra «plaza» es excesiva para referirse al diminuto espacio abierto, del tamaño aproximado del salón de una buena familia. Justo a la vuelta de la esquina de la plaza principal del pueblo, adonde iba la gente elegante, Cockmoile Square se componía de casas destartaladas donde vivían y trabajaban los artesanos. En una esquina de la plaza se hallaba la pequeña cárcel del pueblo, con el cepo colocado delante.

Me habían recomendado a Richard Anning como un buen ebanista, pero habría acabado en su establecimiento de todas formas, aunque solo hubiera sido para comparar mis fósiles con los de la mesa que la joven Mary Anning tenía delante del taller. Era una niña alta y delgada, con los miembros recios de una chiquilla acostumbrada a trabajar en lugar de jugar con muñecas. Tenía una cara bastante anodina y poco atractiva, dotada de interés por unos ojos como guijarros, castaños y audaces. Cuando me acerqué estaba examinando con sumo cuidado una cesta con especímenes, escogiendo amonites que lanzaba a continuación a distintos cuencos como si se tratara de un juego. A tan temprana edad ya sabía distinguir

los diversos tipos de amonites comparando las líneas de sutura en torno a los cuerpos en espiral. Alzó la vista de su labor con una expresión vivaz y llena de curiosidad.

—¿Quiere comprar *curis*, señora? Tenemos algunas que están muy bien. Mire, aquí hay un lirio de mar muy bonito. Solo cuesta una corona.

Alzó un precioso ejemplar de crinoideo, cuyos largos brazos se extendían, en efecto, como las hojas de un lirio. No me gustan los lirios. Su aroma dulce me resulta empalagoso, prefiero fragancias más fuertes: hago que Bessy ponga a secar mis sábanas sobre un arbusto de romero en el jardín de Morley Cottage, mientras que tiende las de mis hermanas sobre lavanda.

—¿Le gusta, señora..., señorita? —preguntó Mary.

Me sobresalté. ¿Tan evidente era que no estaba casada? Desde luego que sí. En primer lugar, no iba acompañada de un marido que me cuidara y mimara. Pero había advertido que las mujeres casadas tenían otro rasgo distintivo: la tremenda suficiencia derivada del hecho de no tener que preocuparse por su futuro. Las mujeres casadas estaban asentadas como gelatina en un molde, mientras que las solteras como yo éramos amorfas e impredecibles.

Toqué mi cesta.

—Ya tengo mis propios fósiles, gracias. He venido a ver a tu padre. ¿Está en casa?

Mary señaló con la cabeza hacia una escalera que descendía hasta una puerta abierta. Tuve que agacharme para entrar en una habitación oscura y sucia, repleta de maderas y piedras, con el suelo cubierto de virutas y polvo de piedra granuloso. El olor a barniz eran tan fuerte que estuve a

punto de dar media vuelta, pero ya no podía, pues Richard Anning me miraba fijamente, clavándome en el sitio con su nariz puntiaguda y bien proporcionada como si fuera un dardo. No me gusta la gente que destaca por su nariz: lo desplazan todo al centro de la cara y me siento atrapada por su concentración.

Era un hombre ágil de estatura media, cabello moreno y lustroso, y mandíbula recia. Sus ojos eran del tono azul oscuro que oculta cosas. Siempre me molestó lo apuesto que era, dado su carácter duro y burlón, además de la rudeza de sus modales en ocasiones. Sin embargo, no legó su atractivo a su hija, que podría haberlo aprovechado mejor que él.

Estaba sentado sobre un pequeño armario con puertas de cristal y tenía en la mano un pincel mojado en barniz. Tomé antipatía a Richard Anning desde el principio porque no dejó el pincel y apenas echó un vistazo a mis especímenes cuando le describí lo que quería.

–Una guinea –dijo.

Era una cantidad escandalosa para una vitrina destinada a guardar especímenes. ¿Acaso creía que podía aprovecharse de una solterona de Londres? Quizá creía que yo era rica. Por un momento, mientras miraba con furia su agraciado rostro, consideré la posibilidad de esperar a que mi hermano tratara con él la próxima vez que viniera de Londres. Pero podían pasar muchos meses hasta entonces; además, no podía depender de mi hermano para todo. Tendría que abrirme paso en Lyme sin que los artesanos se rieran a mi espalda.

Al echar un vistazo al taller no me cupo la menor duda de que Richard Anning necesitaba el trabajo. Debía sacar provecho de tal circunstancia.

–Es una lástima que pida una suma tan exorbitante –dije mientras envolvía los especímenes en muselina para guardarlos de nuevo en la cesta–. Habría puesto su nombre en un sitio destacado de la vitrina y todos los que miraran mi colección lo habrían visto. En fin, tendré que acudir a alguien más razonable.

–¿Se los va a enseñar a otros?

Richard Anning señaló mi cesta con la cabeza, y su incredulidad me hizo decidirme: buscaría a alguien en Axminster, o incluso en Exeter si no me quedaba más remedio, antes que ofrecer el trabajo a aquel hombre. Sabía que nunca llegaría a simpatizar con él

–Que tenga un buen día, señor –dije dando media vuelta para subir por la escalera.

Sin embargo, mi teatral salida se vio frustrada por Mary, que, plantada en la entrada, me cerraba el paso.

–¿Qué *curis* tiene? –preguntó con la mirada clavada en mi cesta.

–Desde luego, nada que pueda interesarte –murmuré, al tiempo que la apartaba de un empujón para salir a la plaza.

Me molestaba que me hubiera ofendido el tono de Richard Anning. ¿Por qué debía importarme la opinión de un ebanista? A decir verdad, creía que mis ejemplares eran bastante buenos teniendo en cuenta que era novata en la búsqueda de fósiles. Había hallado un amonites entero, así como partes de otros, y la vara larga de un belemnites con la punta intacta, no rota como solía suceder. No obstante, cuando pasé furiosa ante la mesa de los Anning vi que sus fósiles superaban a los míos en variedad y belleza. Estaban enteros y pulidos, eran variados y abundantes. Sobre

la mesa se exponían especímenes que ni siquiera sabía que fueran fósiles: una especie de bivalvos, una piedra con forma de corazón que tenía un dibujo, una criatura con cinco largos brazos ondulantes.

Mary había pasado por alto mis desagradables palabras y me había seguido al exterior.

—¿Tiene alguna *verti*?

Me detuve, de espaldas a ella, a la mesa, y al maldito taller.

—¿Qué es una *verti*?

Oí un susurro junto a la mesa, ruido de piedras al entrec chocar.

—Están en el lomo de los cocodrilos —respondió Mary—. Algunos dicen que son los dientes, pero papá y yo sabemos que no es verdad. Mire.

Me volví para ver la piedra que me mostraba. Era más o menos del tamaño de una moneda de dos peniques, aunque más gruesa, y redondeada pero con lados cuadrados. Tenía la superficie cóncava y el centro como si alguien lo hubiera pellizcado cuando todavía estaba blando. Me acordé del esqueleto de un lagarto que había visto en el Museo Británico.

—Una vértebra —la corregí cogiendo la piedra—. Se llama así. Pero en Inglaterra no hay cocodrilos.

Mary se encogió de hombros.

—No se ven. A lo mejor se han ido a otra parte. A Escocia, por ejemplo.

No pude por menos de sonreír.

Cuando me dispuse a devolverle la vértebra, Mary miró alrededor para ver dónde estaba su padre.

—Quédeselo —susurró.

–Gracias. ¿Cómo te llamas?

–Mary.

–Eres muy amable, Mary Anning. Lo guardaré como oro en paño.

Y eso hice. Fue el primer fósil que puse en mi vitrina.

Resulta curioso pensar ahora en nuestro primer encuentro. Nunca habría imaginado que Mary llegaría a importarme más que cualquiera de mis hermanas. ¿Cómo puede una dama de veinticinco años y de clase media pensar en trabar amistad con una niña trabajadora? Sin embargo, había algo en ella que me atraía. Por supuesto, compartíamos el interés por los fósiles, pero había algo más. Ya de niña Mary magnetizaba con sus ojos, y yo quería aprender cómo se hacía.

Mary vino a vernos unos días más tarde, pues había descubierto dónde vivíamos. No es difícil encontrar a alguien en Lyme Regis; solo hay unas pocas calles. Apareció en la puerta trasera cuando Louise y yo estábamos en la cocina, arrancando los tallos de las flores de saúco que acabábamos de coger para elaborar cordial. Margaret, que estaba practicando un paso de baile alrededor de la mesa, intentaba convencernos de que hiciéramos champán con las flores, pero no nos ayudaba; de lo contrario tal vez yo me hubiera mostrado más receptiva a su propuesta. Como no dejaba de parlotear, al principio no nos percatamos de que la pequeña Mary estaba apoyada contra el marco de la puerta. Fue Bessy, que entró en la cocina resollando con el azúcar que le habíamos mandado comprar en la tienda, quien la vio primero.

–¿Quién es esa? ¡Largo de aquí, niña! –gritó hinchando sus carrillos fofos.

Bessy había venido con nosotras de Londres y disfrutaba quejándose de su nueva situación: la cuesta empinada desde el pueblo hasta Morley Cottage, la cortante brisa marina que le congestionaba el pecho, el impenetrable acento de los lugareños que conocía en el mercado, las ronchas que le provocaban los cangrejos de la bahía de Lyme. Mientras que en Bloomsbury Bessy parecía una chica callada y seria, Lyme había sacado de ella una obstinación que expresaba con los carrillos. Las Philpot nos reíamos de sus quejas a su espalda, aunque más de una vez estábamos tentadas de echarla, cuando no era ella misma quien amenazaba con marcharse.

El genio de Bessy no tuvo el menor efecto: Mary no se movió del umbral de la puerta.

–¿Qué están haciendo?

–Cordial de flores de saúco –contesté.

–Champán de flores de saúco –me corrigió Margaret agitando la mano.

–Nunca lo he probado –dijo Mary observando aquellas flores que parecían de encaje y oliendo el aroma a moscatel que inundaba la habitación.

–Aquí hay muchas flores de saúco en junio –señaló Margaret–. Deberíais hacer algo con ellas. ¿No es eso lo que hacen los pueblerinos?

Torcí el gesto al oír el tono de superioridad que había empleado mi hermana, pero Mary no parecía ofendida. La niña no apartaba la vista de Margaret, que ahora daba vueltas por la habitación bailando un vals; inclinando la cabeza

ora sobre un hombro, ora sobre el otro, moviendo las manos al ritmo de la música que tarareaba.

Que Dios la asista, pensé. La niña va a admirar a la más tonta de nosotras.

–¿Qué quieres, Mary? –No pretendía ser tan brusca.

Mary Anning se volvió hacia mí, aunque miraba una y otra vez a Margaret.

–Papá me manda a decirle que hará la vitrina por una libra.

–¿Ahora sí? –Ya no me entusiasmaba la idea de encargar una vitrina si era Richard Anning quien iba a hacerla–. Dile que me lo pensaré.

–¿Quién es nuestra visita, Elizabeth? –preguntó Louise sin apartar las manos de las flores de saúco.

–Es Mary Anning, la hija del ebanista.

Al oír el nombre, Bessy, que estaba junto a la mesa desmoldando una tarta de frutas que había dejado enfriar, se volvió y miró boquiabierta a Mary.

–¿Tú eres la niña del rayo?

Mary bajó la vista y asintió con la cabeza.

Todas la miramos. Incluso Margaret dejó de bailar para mirarla. Habíamos oído hablar de la niña a la que había alcanzado un rayo, pues la gente seguía hablando del incidente años después. Era uno de esos milagros que proliferan en los pueblos pequeños: niños que parecen haber muerto ahogados y, tras escupir un chorro de agua como una ballena, resucitan; hombres que se despeñan por acantilados y vuelven a aparecer ilesos; niños arrollados por coches que se levantan con solo un rasguño en la mejilla. Tales milagros cotidianos mantienen unidas a las comunidades y les

brindan las leyendas con las que asombrarse. Al conocer a Mary no se me había pasado por la cabeza que pudiera ser la niña del rayo.

–¿Recuerdas cuándo te alcanzó el rayo? –preguntó Margaret.

Mary se encogió de hombros, visiblemente incómoda por nuestro repentino interés.

A Louise tampoco le había gustado nunca esa clase de atención e hizo un esfuerzo por poner fin al escrutinio.

–Yo también me llamo Mary. Me pusieron los nombres de mis abuelas, pero la abuela Mary no me caía tan bien como la abuela Louise. –Hizo una pausa–. ¿Quieres ayudarnos?

–¿Qué tengo que hacer? –Mary se acercó a la mesa.

–Primero lávate las manos –le ordené–. ¡Louise, mira qué uñas!

Mary tenía las uñas bordeadas de barro gris y los dedos arrugados por el contacto con la piedra caliza. Era un estado al que mis dedos llegarían a habituarse.

Bessy seguía mirando de hito en hito a Mary.

–Bessy, vaya a limpiar al recibidor mientras trabajamos aquí –le recordé.

Ella gruñó y cogió la fregona.

–Yo no tendría en mi cocina a una niña a la que le ha caído encima un rayo.

Chasqueé la lengua en señal de desaprobación.

–Se está volviendo tan supersticiosa como los pueblerinos a los que tanto desprecia.

Bessy volvió a hinchar las mejillas al tiempo que golpeaba la jamba de la puerta con la fregona. Louise y yo nos mi-

ramos y sonreímos. Margaret empezó a bailar de nuevo un vals alrededor de la mesa, canturreando.

–¡Por el amor de Dios, Margaret, baila en otra parte! –exclamé–. Vete a bailar con la fregona de Bessy.

Margaret se rio, cruzó la puerta pirueteando y se alejó por el pasillo, para decepción de nuestra joven visitante. Louise ya había mandado a Mary que arrancara los tallos de las flores, con cuidado de sacudir el polen en el cazo, no en el suelo de la cocina. Una vez que hubo entendido lo que debía hacer, la cría trabajó sin pausa y solo se detuvo cuando Margaret apareció con un turbante verde lima.

–¿Una pluma o dos? –preguntó, y se acercó a la cinta que le atravesaba la frente primero una pluma y luego otra.

Mary la observó con los ojos como platos. Por aquel entonces los turbantes todavía no habían llegado a Lyme..., doy fe de que fue Margaret quien los puso de moda entre las mujeres de la localidad, y al cabo de unos años eran una imagen habitual en Broad Street. No estoy segura de que combinen con los vestidos estilo imperio tan bien como otros tocados, y creo que al verlos algunas se reían por lo bajo, pero ¿acaso la moda no está pensada para divertir?

–Gracias por ayudarnos con las flores de saúco –dijo Louise una vez que hubimos puesto a macerar las flores en agua caliente con azúcar y limón–. Cuando esté listo, podrás quedarte con una botella.

Mary Anning asintió con la cabeza y se volvió hacia mí.

–¿Puedo ver sus *curis*, señorita? El otro día no me las enseñó.

Vacilé, pues me daba un poco de vergüenza enseñarle lo que había encontrado. Ella tenía un aplomo increíble para

ser tan solo una niña. Supongo que se debía a que trabajaba desde una edad temprana, pero también me sentí tentada de achacarlo al rayo. Sin embargo, no podía mostrar mi renuencia, de modo que llevé a Mary al comedor. Al entrar en la estancia la mayoría hace comentarios sobre la impresionante vista de Golden Cap, pero Mary ni siquiera echó un vistazo por la ventana. Fue directa al aparador, donde había colocado mis hallazgos, para gran indignación de Bessy.

—¿Qué es eso? —Señaló las tiras de papel que había al lado de cada fósil.

—Etiquetas. Indican dónde y cuándo encontré el fósil, en qué estrato de roca y lo que supongo que pueden ser. Es lo que hacen en el Museo Británico.

—¿Ha estado allí? —Mary miraba cada etiqueta con el entrecejo fruncido.

—Por supuesto. Crecimos cerca del museo. ¿Tú no anotas dónde los encuentras?

Mary se encogió de hombros.

—No sé leer ni escribir.

—¿Vas a ir al colegio?

La niña volvió a encogerse de hombros.

—A la escuela dominical, tal vez. Allí enseñan a leer y a escribir.

—¿En la iglesia de Saint Michael?

—No, no pertenecemos a la Iglesia de Inglaterra. Somos congregacionalistas. La capilla está en Coombe Street.

Mary cogió un amonites del que me sentía especialmente orgullosa, pues se hallaba entero, sin desconchaduras ni grietas, y tenía unas rugosidades uniformes en su espiral.

–Puede sacar un chelín por este amo si lo limpia bien –dijo.

–Oh, no voy a venderlo. Es para mi colección.

Mary me miró con extrañeza. Caí en la cuenta de que los Anning no debían de recoger fósiles para coleccionarlos. Un buen espécimen significaba para ellos un buen precio.

Mary dejó el amonites y cogió una piedra marrón casi tan larga como su dedo, pero más gruesa, con leves marcas en espiral.

–Esa es rara –dije–. No estoy segura de qué es. Podría ser solo una piedra, pero parece... distinta. Pensé que debía co-gerla.

–Es un bezoar.

–¿Un bezoar? –Fruncí el entrecejo–. ¿Qué es eso?

–Una bola de pelo como las que se encuentran en el estómago de las cabras. Papá me ha hablado de ellas. –La dejó y a continuación cogió la concha de un bivalvo denominado *Gryphaea*, que los lugareños comparaban con las uñas de los pies del diablo–. Todavía no ha limpiado esta *grifi*, señorita.

–Le he quitado el barro.

–¿Y la ha rascado con una cuchilla?

Fruncí el entrecejo.

–¿Con qué clase de cuchilla?

–Oh, un cortaplumas sirve, pero es mejor una navaja de afeitar. Se utiliza para sacar del interior el cieno y otras cosas y darle forma. Le enseñaré cómo hacerlo.

Arrugué la nariz. La idea de que una niña me enseñara a hacer algo me parecía ridícula. Sin embargo...

–Está bien, Mary Anning. Ven mañana con tus cuchillas y enséñame. Te daré un penique por cada fósil que limpies.

Mary resplandeció al oír que le pagaría.

–Gracias, señorita Philpot.

–Ahora vete. Al salir pide a Bessy que te dé un trozo de tarta de frutas.

Una vez que se hubo marchado, Louise dijo:

–Se acuerda del rayo. Lo he visto en sus ojos.

–¿Cómo va a acordarse? ¡Era apenas un bebé!

–Un rayo debe de ser difícil de olvidar.

Al día siguiente Richard Anning accedió a hacerme una vitrina por quince chelines. Fue la primera de las muchas que he tenido, pero él solo llegaría a hacerme cuatro antes de morir. He tenido vitrinas de mejor calidad y acabado, cuyos cajones se deslizan sin atascarse y que no necesitan que las juntas se vuelvan a encolar después de una época de sequía. Pero acepté los defectos de su factura porque sabía que el cuidado que no ponía en sus obras lo ponía en los conocimientos sobre fósiles de su hija.

Poco después Mary había encontrado un lugar en nuestra vida, limpiaba mis fósiles y, tras averiguar que me gustaban los peces fósiles, me vendía los que ella y su padre hallaban. A veces me acompañaba a la playa cuando salía en busca de fósiles y yo, aunque no se lo decía, me sentía más tranquila con ella a mi lado, pues me preocupaba que la marea me dejara incomunicada. A Mary eso no le daba miedo, ya que tenía una sensibilidad especial para las mareas que yo nunca llegué a adquirir. Tal vez para poseer esa habilidad había

que crecer tan cerca del mar como para poder zambullirse en el agua dando un salto desde la ventana. Mientras que yo consultaba los calendarios de mareas de nuestro almanaque antes de salir a la playa, Mary siempre sabía el estado de la marea, si estaba alta o baja, si era muerta o viva, y qué parte de la playa quedaba expuesta a su efecto a una hora determinada. Yo únicamente caminaba sola por la playa cuando la marea estaba bajando, pues sabía que disponía de unas cuantas horas de tranquilidad, aunque también entonces perdía la noción del tiempo, como ocurre asimismo cuando se va de caza, y al volverme descubría que el mar se acercaba con sigilo. Cuando estaba con Mary, ella seguía mentalmente el movimiento del mar.

También valoraba la compañía de Mary por otros motivos, puesto que me enseñó muchas cosas: que el mar dispone las piedras de tamaño similar en franjas a lo largo de la orilla, y qué fósiles se pueden encontrar en cada franja; cómo distinguir en la cara de un acantilado las grietas verticales que advierten de un posible desprendimiento de tierras; por dónde acceder a los caminos de los acantilados que podíamos usar si la marea nos dejaba incomunicadas.

Además me venía bien como compañera. En algunos aspectos, en Lyme se gozaba de mayor libertad que en Londres; por ejemplo, podía pasear por el pueblo sola, sin necesidad de que me acompañaran mis hermanas o Bessy, como ocurría en Londres. Sin embargo, en la playa no solía haber nadie, aparte de algunos pescadores que examinaban las nasas de los cangrejos, o personas que rebuscaban entre los desechos y que yo sospechaba que eran contrabandistas, o viajeros que caminaban entre Charmouth y Lyme cuando la

marea estaba baja. No se consideraba un lugar para que una dama anduviera sola, ni siquiera en una localidad de mentalidad independiente como Lyme. Años después, cuando ya era mayor y más conocida en el pueblo, y me preocupaba menos lo que los demás pensarán de mí, iba sola a la playa. Pero por aquel entonces prefería tener compañía. A veces convencía a Margaret o a Louise de que vinieran conmigo, y de vez en cuando hasta encontraban fósiles. Aunque Margaret no soportaba mancharse las manos, se lo pasaba bien buscando trozos de piritita de hierro, pues le gustaba su brillo. Louise se quejaba de la falta de vida de las rocas comparadas con las plantas que tanto le gustaban, pero a veces trepaba por los acantilados y examinaba briznas de hierba marina con la lupa.

Pasábamos gran parte de nuestro tiempo en la playa de un kilómetro y medio de largo que había entre Lyme y Charmouth. Al este, más allá de la casa de los Anning, al final de Gun Cliff, la costa se curva bruscamente a la derecha de tal forma que la playa queda fuera de la vista del pueblo. El litoral está bordeado a lo largo de varios cientos de metros por Church Cliffs, unos acantilados compuestos de lo que se denomina caliza liásica: capas de piedra caliza y esquisto con un tinte gris azulado que forman franjas. La playa gira entonces suavemente a la derecha antes de discurrir en línea recta hacia Charmouth. Tras esa curva, muy por encima de la playa, se alza Black Ven, un enorme desprendimiento de tierras que ha creado una capa inclinada de esquisto entre los acantilados y la orilla. Tanto Church Cliffs como Black Ven contienen muchos fósiles, y los van soltando poco a poco a la playa. Fue allí donde Mary encontró muchos de

sus mejores especímenes. También fue donde vivimos algunos de nuestros mayores dramas.

Cuando llegó nuestro segundo verano en Lyme, Margaret se había adaptado perfectamente a su nueva vida. Era joven, el aire del mar daba lozanía a su tez, y era nueva, y por lo tanto objeto de gran atención entre el círculo de aficionados a las diversiones. Pronto tuvo sus parejas favoritas de *whist*, sus compañeras preferidas de baño, y familias que desfilaban con ella por el Cobb. Durante la época estival se organizaban bailes todos los martes en los salones de celebraciones, y Margaret, que no se perdía una pieza, llegó a convertirse en una de las asistentes favoritas por la ligereza de sus pies. Louise y yo la acompañábamos a veces, pero no tardó en encontrar amigas más interesantes con las que ir: familias de Londres, Bristol o Exeter que pasaban en Lyme parte del verano, así como unos cuantos vecinos selectos de Lyme. Louise y yo nos alegrábamos de no tener que ir. Desde que había oído un comentario hiriente sobre mi mandíbula años atrás no me sentía cómoda bailando y prefería quedarme sentada mirando o, mejor aún, leyendo en casa. Ciento cincuenta libras al año a repartir entre tres hermanas no dan para comprar libros, y la biblioteca pública de Lyme contenía sobre todo novelas, pero pedí que todos mis regalos de Navidad o cumpleaños fueran libros de historia natural. Prescindía de un chal nuevo para comprarme un libro. Y los amigos de Londres me prestaban algunos.

Mis hermanas no se quejaban de que añoraran la vida londinense. A Margaret le convenía más ser el centro de

atención en un lugar modesto que tener que esforzarse para que se fijaran en ella entre las miles de chicas de la sociedad londinense. Louise también parecía más contenta, pues la tranquilidad se avenía bien con su carácter. Adoraba el jardín de Morley Cottage, con su vista de la bahía de Lyme y un enorme tulípero de cien años en un rincón. El jardín era mucho mayor que el que teníamos en Red Lion Square. Allí, como es natural, teníamos jardineros, mientras que ahora Louise se encargaba de la mayor parte del trabajo, y ella así lo prefería. El clima también suponía un reto para ella, pues el viento salobre exigía plantas más resistentes que las que crecían con la suave lluvia de Londres: verónica, uva de gato, enebro, salvia, armeria marítima y cardo de mar. Y sus arriates de rosas eran más bonitos que cualquiera de los que yo había visto en Bloomsbury.

De las tres yo era la que más pensaba en Londres. Echaba de menos el intercambio de ideas. En Londres formábamos parte de un amplio círculo de familias de abogados y los acontecimientos sociales resultaban intelectualmente estimulantes además de entretenidos. Solía sentarme con mi hermano y sus amigos durante la cena mientras hablaban del futuro de Napoleón, de si Pitt debía volver a ser primer ministro, o de qué había que hacer con el tráfico de esclavos. Incluso alguna que otra vez intervenía en la conversación.

Sin embargo, en Lyme no oía charlas de esa índole. Aunque los fósiles me mantenían ocupada, había pocas personas con las que pudiera hablar del tema. Cuando leía a Hutton, Cuvier, Werner, Lamarck u otros filósofos naturales, no podía acudir a mis amigos para preguntarles qué opinaban de las ideas radicales de esos hombres. La clase me-

dia de Lyme estaba rodeada de fenómenos naturales dignos de atención, pero no mostraban demasiada curiosidad por ellos. Hablaban del tiempo y las mareas, la pesca y las cosechas, los visitantes y la temporada estival. Cualquiera habría dicho que estarían preocupados por Napoleón y la guerra con Francia, aunque solo fuera por su efecto en la pequeña industria de construcción naval de Lyme. Sin embargo, las familias de la localidad hablaban de las reparaciones del maltrecho rompeolas, o del balneario recién abierto, al que le iba tan bien que seguro que otros iban a imitarlo, o de si la harina del molino del pueblo era lo bastante fina. Los veraneantes que conocíamos en los salones de celebraciones, en la iglesia o tomando té en casa de otras familias a veces se animaban a departir de temas de mayor enjundia, pero en general viajaban para escapar de esa clase de conversaciones y disfrutaban de las noticias y los chismes locales.

Me sentía frustrada sobre todo porque los fósiles que hallaba eran muy intrigantes y me suscitaban preguntas que deseaba formular. Por ejemplo, ¿qué eran exactamente los amonites, los fósiles más visibles y llamativos de los que se encontraban en Lyme? Dudaba que fueran serpientes, como muchos creían ciegamente. ¿Por qué se hacían una bola? No había oído hablar de ninguna serpiente que hiciera tal cosa. ¿Y dónde tenían la cabeza? Cada vez que encontraba un amonites lo miraba detenidamente, pero no veía ni rastro de una cabeza. Era muy extraño que hallara tantos fósiles de ellos en la playa, pero no viera ninguno vivo.

Sin embargo, eso no parecía preocupar a los demás. Esperaba que un día alguien me dijera mientras tomábamos el té: «¿Sabe una cosa, señorita Philpot? Los amonites me

recuerdan bastante a los caracoles. ¿Cree que pueden ser una especie de caracol que no hayamos visto antes?». En lugar de eso se dedicaban a hablar del barro de la carretera de Charmouth, o de lo que iban a ponerse para el próximo baile, o del circo ambulante que iban a ir a ver a Bridport. Si decían algo sobre fósiles, era para poner en tela de juicio mi interés.

—¿Cómo pueden gustarle tanto unas simples piedras? —me preguntó en cierta ocasión una nueva amiga que Margaret trajo de los salones de celebraciones.

—No son simples piedras —traté de explicarle—. Son cuerpos de animales que vivieron hace mucho tiempo y que han acabado convertidos en piedra. Cuando encontramos uno, estamos descubriendo algo que ha permanecido oculto durante miles de años.

—¡Qué horror! —exclamó ella, y se volvió para oír a Margaret tocar el piano.

Las visitas solían volverse hacia Margaret cuando Louise les resultaba demasiado callada y yo demasiado rara. Margaret sabía entretenerlas.

Solo Mary Anning compartía mi entusiasmo y curiosidad, pero era demasiado pequeña para participar en tales conversaciones. Durante aquellos primeros años a veces tenía la impresión de que estaba esperando a que ella creciera para poder disfrutar de la compañía que tanto deseaba. Y estaba en lo cierto.

Al principio pensé que podría hablar de fósiles con Henry Hoste Henley, señor de Colway Manor y miembro del Parlamento por Lyme Regis. Vivía en una gran casa apartada, al final de una avenida de árboles en las afueras de

Lyme, a un kilómetro y medio más o menos de Morley Cottage. Lord Henley tenía una gran familia; aparte de su esposa y muchos hijos, también había miembros de la familia Henley en Chard, varios kilómetros tierra adentro, y Colway Manor rebosaba de invitados. A nosotras nos invitaban de vez en cuando: a cenar, al baile de Navidad o a presenciar el inicio de las partidas de caza, cuando lord Henley repartía oporto y whisky antes de que los cazadores se marcharan a caballo.

Los Henley eran lo más parecido a la pequeña aristocracia que había en Lyme, pero lord Henley todavía tenía barro en las botas y mugre debajo de las uñas. También tenía una colección de fósiles y, cuando se enteró de que me interesaban, hizo que me sentara a su lado en una cena para que pudiéramos hablar. Al principio me entusiasmé, pero a los pocos minutos descubrí que lord Henley no sabía nada de fósiles, aparte de que se podían coleccionar y de que le hacían parecer sofisticado e inteligente. Era la clase de hombre que se guiaba por sus pies más que por su cabeza. Intenté soltarle la lengua preguntándole qué creía que era el amonites. Lord Henley se rio entre dientes y bebió un buen trago de vino.

—¿No se lo ha dicho nadie, señorita Philpot? ¡Son gusanos! —Dio un golpe con la copa en la mesa, una señal para que se la rellenara un criado.

Medité sobre su respuesta.

—Vaya, entonces, ¿por qué están siempre enroscados? Nunca he visto a ningún gusano vivo adoptar esa forma. Ni a ninguna serpiente, que, según algunos, es lo que son.

Lord Henley movió los pies por debajo de la silla.

–No creo que haya visto a mucha gente tumbada boca arriba con las manos cruzadas sobre el pecho, ¿verdad que no, señorita Philpot? Pero así es como enterramos a las personas. Los gusanos se enroscan al morir.

Reprimí un bufido, pues imaginé unos gusanos reunidos para enrollar a uno de sus muertos, como nosotros preparamos a los nuestros cuando fallecen. Era a todas luces una idea ridícula, y sin embargo lord Henley no se planteaba ponerla en duda. Aun así, no insistí en el tema, ya que Margaret, sentada al final de la mesa, me estaba haciendo señas con la cabeza, y el hombre sentado frente a mí había arqueado las cejas al oír nuestra indiscreta conversación.

Ahora sé que los amonites eran animales marinos parecidos al moderno nautilo, con conchas protectoras y tentáculos similares a los de los calamares. Ojalá hubiera podido decírselo a lord Henley en aquella cena, cuando habló con tanta seguridad de los gusanos enroscados. Pero en aquella época carecía de los conocimientos y de la confianza en mí misma necesarios para corregirlo.

Más tarde, cuando me enseñó su colección, lord Henley mostró mayor ignorancia al no ser capaz de distinguir un amonites de otro. Cuando señalé uno que tenía líneas rectas e incluso líneas de sutura que atravesaban la espiral, mientras que en otro cada línea tenía dos protuberancias que resaltaban la forma de espiral, me dio una palmadita en la mano.

–Es usted una dama muy inteligente –dijo al tiempo que meneaba la cabeza, lo que restaba valor al cumplido.

Intuí que no íbamos a reflexionar juntos sobre los fósiles. Yo poseía la paciencia y la capacidad de observación

necesarias para estudiarlos, mientras que el interés de lord Henley era mucho más superficial, y no le gustaba que se lo recordaran.

James Foot era amigo de los Henley, y nuestros caminos debieron de cruzarse en Colway Manor, seguramente en el baile de Navidad, al que asistía la mitad de West Dorset. No obstante, Louise y yo oímos hablar de él por primera vez la mañana siguiente a un baile de verano en los salones de celebraciones, durante el desayuno.

–No puedo probar bocado –declaró Margaret tras tomar asiento y apartar un plato de pescado ahumado–. ¡Estoy demasiado agitada!

Louise puso los ojos en blanco y yo sonreí sin levantar la vista de la taza de té. Margaret solía hacer esa clase de afirmaciones después de un baile y, aunque nos reíamos al oírlas, jamás la habríamos mandado callar, pues constituían nuestra principal diversión.

–¿Cómo se llama esta vez? –pregunté.

–James Foot.

–¿De veras? ¿Y son sus pies a lo único que puedes aspirar?*

Margaret me miró haciendo una mueca y cogió una rebanada de pan del portatostadas.

–Es un caballero –declaró mientras desmigajaba la tostada en trocitos minúsculos que más tarde Bessy tendría que echar al césped para los pájaros–. Es amigo de lord Henley, tiene una granja cerca de Beaminster y baila muy bien. ¡Me ha pedido el primer baile del martes!

* El apellido del personaje, «Foot», significa «*pie*» en inglés.

Observé cómo toqueteaba la tostada. Aunque había oído de sus labios palabras similares muy a menudo, advertí algo distinto en Margaret. Parecía más segura y más dueña de sí misma. Tenía la cabeza gacha, como si estuviera reprimiendo otras palabras, y se hallaba replegada en sí misma, atenta a los nuevos sentimientos que trataba de entender. Y aunque no dejaba quietas las manos, sus movimientos eran más controlados.

Está preparada para encontrar marido, pensé. Clavé la vista en el mantel –de lino amarillo claro, con las esquinas bordadas por nuestra difunta madre y ahora salpicado de migas– y pronuncié una breve oración para pedir a Dios que favoreciera a Margaret como había hecho con Frances. Cuando levanté la vista miré a Louise a los ojos, cuya expresión debía de ser un reflejo de la mía, triste y esperanzada a un tiempo; aunque era posible que la mía fuera más triste que esperanzada. Había dirigido a Dios muchas oraciones que no habían sido atendidas, y en ocasiones me preguntaba si habían llegado a su destinatario y si este las había oído.

Margaret siguió bailando con James Foot y nosotras seguimos oyendo hablar de él durante el desayuno, la comida, el té y la cena, cuando salíamos a pasear, o mientras intentábamos leer por la noche. Al final Louise y yo acompañamos a Margaret a los salones de celebraciones para verlo con nuestros propios ojos.

Me pareció muy agradable a la vista, más de lo que esperaba..., aunque ¿por qué no iba a dar Dorset hombres tan atractivos como los que se veían en Londres? Era alto y delgado, y todo en él irradiaba pulcritud y elegancia, desde el cabello rizado y recién cortado hasta las manos, finas y pá-

lidas. Llevaba un bonito frac del mismo color que sus ojos: marrón chocolate. La prenda combinaba de maravilla con el vestido verde claro que lucía Margaret; ese debía de ser el motivo por el que se lo había puesto ella, que además se había tomado la molestia de persuadirme de que le cosiera una cinta verde oscuro en la cintura y le confeccionara un nuevo turbante con plumas teñidas a juego. De hecho, desde la llegada de James Foot a Lyme, Margaret se preocupaba todavía más por su atuendo: se compraba guantes y cintas, blanqueaba sus escafpines a fin de quitarles las rozaduras, escribía a nuestra cuñada para pedirle que le mandara tela de Londres. Louise y yo no prestábamos tanta atención a nuestra ropa y lucíamos tonos apagados –Louise, azul oscuro y verde; yo, malva y gris–, pero dejábamos gustosamente que Margaret diera rienda suelta a su pasión por los colores pastel y los estampados de flores. Y si el dinero solo llegaba para adquirir un único vestido, insistíamos en que se lo comprara ella. Ahora me alegro, pues estaba preciosa bailando con James Foot, con su vestido verde y plumas en el cabello. Me quedé sentada mirándolos, satisfecha.

Louise lo estaba menos. No dijo nada en los salones de celebraciones, pero más tarde, cuando nos preparábamos para acostarnos –habíamos dejado a Margaret bailando después de que unos amigos nos prometieran que la acompañarían a casa–, declaró:

–A él le preocupan mucho las apariencias.

Coloqué el gorro de dormir sobre mi pobre cabello y me metí en la cama.

–A Margaret también.

Aunque era tarde para leer, no apagué la vela y observé

como las telarañas ondeaban en el techo con el calor que desprendía la llama.

–No se trata de su ropa, aunque sea un reflejo de su forma de pensar –dijo Louise–. Quiere que las cosas sean formales.

–Nosotras somos formales –protesté.

Louise apagó su vela.

Sabía a qué se refería. Yo también lo había notado cuando me presentaron a James Foot. Era educado y franco... y convencional. Traté de comportarme con él de la forma más insulsa posible. Mientras hablábamos, posó la mirada en el escote deshilachado de mi vestido violeta y tuve la impresión de que en su mente se formaba un juicio, una información que guardaría para reflexionar sobre ella más adelante.

Pensando en Margaret intenté conducirme con la mayor corrección cuando James Foot nos visitó un día en Morley Cottage. Él también se mostró muy atento. Pidió a Louise que le enseñara el jardín y se ofreció a mandarle esquejes de sus hortensias cuando observó que no tenía ninguna. Ella no le dijo que las detestaba. Mostró interés por examinar mi colección de fósiles, y sabía más del tema que Henry Hoste Henley. Cuando me recomendó que fuera a Eype, situada hacia el este, en la costa, cerca de Bridport, a buscar ofiu-ras, añadió que podía visitar la granja que él tenía cerca. Yo, por mi parte, reprimí el deseo de hacerle algunas preguntas sobre fósiles y dejé que condujera la conversación, que fue bastante agradable.

Cuando se marchó, Margaret estaba tan aturdida que la llevamos al mar para que se bañara, con la esperanza de que

el frío la espabilara. Louise y yo nos quedamos en la orilla mientras ella chapoteaba. Habíamos empujado mar adentro la caseta de playa movable, un pequeño armario colocado sobre un carro, para ofrecerle intimidad, y Margaret nadaba con la caseta puesta entre ella y la orilla, guardando su pudor. Un par de veces vislumbramos un brazo o una salpicadura cuando pateaba el agua.

Eché un vistazo a los guijarros, aunque no esperaba encontrar fósiles entre trozos de pedernal.

–Creía que la visita había ido muy bien –comenté, consciente de mi escaso entusiasmo.

–No se casará con ella –aseguró Louise.

–¿Por qué no? Margaret es tan buena como cualquier otra, y mucho mejor que muchas.

–Margaret aportaría poco dinero al matrimonio. Puede que a él eso no le importe, pero, si no hay dinero, el carácter de la familia con la que emparente cobra importancia.

–Pero hoy nos hemos portado bien, ¿no? Hemos hablado de sus temas favoritos, nos hemos mostrado agradables pero no demasiado inteligentes. Y él se ha mostrado interesado por nosotras..., ha pasado un buen rato contigo en el jardín.

–No hemos coqueteado con él.

–Desde luego que no. ¡Gracias a Dios, eso hemos podido dejárselo a Margaret!

Aunque protesté, sabía a qué se refería Louise. Las mujeres deben entablar conversaciones chispeantes con el pretendiente de su hermana, adoptar una ligera intimidad que preludia un vínculo familiar. A pesar de que me había propuesto actuar ante James Foot, me había mostrado torpe y apagada,

en lugar de como un miembro de la familia que se comporta con una cordialidad natural. Él temería cada ocasión –como ya me ocurría a mí– en la que tuviéramos que repetir esas conversaciones. Me había resultado tedioso tener que andar con pies de plomo para complacer a un caballero durante una tarde. Después de poco más de un año en Lyme, había llegado a apreciar la libertad de la que podía disfrutar allí una solterona sin familiares varones. A esas alturas me parecía más natural que veinticinco años de vida convencional en Londres.

Por supuesto, Margaret opinaba de forma distinta. Observé cómo flotaba boca arriba por un momento, moviendo las manos como si fueran algas. Debía de estar contemplando el cielo vespertino, que empezaba a teñirse de rojo, y pensando en James Foot. Me estremecí.

Tal vez habría logrado moderar mi conducta por el bien de Margaret y me habría acostumbrado a la compañía de James Foot sin considerarla siempre una carga. Sin embargo, pocas semanas más tarde tuve un encuentro con él en la playa que dio al traste con todos mis intentos previos de ser una hermana benevolente.

Richard Anning acababa de regalar a su hija un martillo especial que él mismo había fabricado, con las puntas de madera revestidas de metal. Mary tenía muchas ganas de enseñarme a usarlo para abrir de un tajo piedras de forma romboidal llamadas nódulos a fin de dejar al descubierto amonites cristalizados y, a veces, peces. No le dije que nunca había manejado un martillo, pero debió de darse cuenta al ver la torpeza de mis primeros intentos por blandirlo. No hizo ningún comentario; se limitó a corregirme hasta que mejoré, como una joven profesora con una paciencia sorprendente.

Aunque era un día agradable de septiembre, soplabla una brisa fría que me recordó que el otoño ya había ahuyentado al verano. Estaba arrodillada, dando golpes secos al borde de un nódulo que había colocado sobre una piedra plana. Mary, inclinada hacia delante, observaba y me daba indicaciones.

–Dele, señorita Elizabeth. No demasiado fuerte o no la partirá bien. Ahora corte esa punta para que pueda apoyarla y sujetarla. ¡Oh! ¿Se ha hecho daño, señorita?

Se me había resbalado el martillo y me había golpeado en la punta del dedo índice. Me lo metí en la boca para chuparlo y aliviar el dolor.

En ese momento oí detrás un ruido de piedras y cometí el error de volverme con el dedo todavía en la boca. A unos metros de distancia, James Foot me miraba con una expresión extraña de repugnancia en la cara cubierta de una máscara de cortesía. Me saqué el dedo de la boca con el sonido de un taponazo que me hizo ruborizar de vergüenza.

James Foot me tendió la mano para ayudarme. Mientras me ponía en pie con dificultad, Mary retrocedió, sabiendo instintivamente la distancia respetuosa que debía guardar pero sin dejar de ser mi guía y acompañante.

–Estaba abriendo esta piedra para ver si tiene un amonites dentro –expliqué.

Sin embargo, James Foot no bajó la vista hacia el nódulo. Estaba mirando fijamente mis guantes. Solía ponérmelos –como, por otro lado, toda dama cuando salía de casa, hiciera el tiempo que hiciese–, para protegerme las manos del frío y del barro seco. Durante mis primeras salidas en busca de fósiles había estropeado varios pares, que habían quedado manchados de arcilla de caliza liásica y agua del mar.

Ahora reservaba unos para usarlos en la playa. Eran de ca-
britilla color marfil y estaban sucios y endurecidos por el
agua; les había cortado los dedos hasta los nudillos para ma-
nipular objetos con mayor facilidad. Eran raros y feos, pero
útiles. Llevaba conmigo un par de guantes más respetables
que me ponía cuando se acercaba alguien, pero James Foot
no me había dado tiempo a enfundármelos.

Él iba muy elegante con un frac cruzado de color burdeos
con botones plateados y cuello de terciopelo marrón, a jue-
go con los guantes. Sus botas de montar relucían, como si
el barro no se atreviera a acercarse a ellas.

En ese momento reconocí para mis adentros que no sen-
tía la menor simpatía por James Foot, con sus botas impolu-
tas, su cuello y sus guantes a juego, y su mirada enjuiciadora.
Jamás podría confiar en un hombre cuyo rasgo dominante
era su ropa. No me inspiraba simpatía, y sospechaba que yo
tampoco a él, aunque era demasiado educado para mostrarlo.

Junté las manos a la espalda para que no tuviera que se-
guir mirando mis ofensivos guantes.

—¿Dónde está su caballo, señor? —No se me ocurrió nada
mejor que decir.

—En Charmouth. Un muchacho se lo ha llevado a Colway
Manor. He decidido hacer a pie el último trecho por la playa
aprovechando el buen tiempo.

Detrás de James Foot, Mary me hacía señas con la mano.
Cuando la miré, se frotó la mejilla vigorosamente. Fruncí
el entrecejo.

—¿Qué ha encontrado hoy? —preguntó James Foot.

Vacilé. Para enseñarle lo que había encontrado tenía que
volver a mostrar mis manos enguantadas.

–Mary, ve a por la cesta y enseña al señor Foot lo que hemos encontrado. Mary sabe mucho de fósiles –añadí mientras la niña llevaba la cesta a James Foot y sacaba una piedra gris con forma de corazón que tenía grabado un delicado dibujo de cinco pétalos.

–Es un erizo de mar –dijo Mary–. Y esto es una uña del diablo. –Le tendió un bivalvo con forma de garra–. Pero el mejor de todos es el belemnites, el mayor que he visto en mi vida. –Sacó un belemnites muy bien conservado de al menos diez centímetros de largo y dos de ancho, con la punta ahusada.

James Foot lo miró y se puso colorado. No entendí el porqué hasta que Mary se echó a reír entre dientes.

–Parece lo que tiene mi hermano...

–Basta, Mary –logré interrumpirla a tiempo–. Guárdalo, por favor.

Yo también me sonrojé. Quería decir algo, pero pedir disculpas solo contribuiría a empeorar las cosas. Estoy segura de que James Foot pensó que me había propuesto incomodarlo.

–¿Irás esta noche a los salones de celebraciones? –pregunté en un intento de dejar a un lado el tema del belemnites.

–Supongo que sí..., a menos que lord Henley tenga otros planes para mí.

Por lo general James Foot se mostraba categórico respecto a lo que iba o no iba a hacer, de modo que tuve la sensación de que estaba preparando el camino para huir. Yo creía saber el motivo, pero para asegurarme dije:

–Le diré a Margaret que lo busque.

Aunque James Foot no se movió, dio la impresión de que retrocedía al oír mis palabras.

–Iré si puedo. Por favor, salude a sus hermanas de mi parte. –Se despidió con una inclinación y echó a andar por la playa en dirección a Lyme.

Observé cómo sorteaba una charca entre las rocas y murmuré:

–No se casará con ella.

–¿Cómo dice, señora?

Mary Anning estaba perpleja. Y ahora me llamaba «señora». Solterona o no, había dejado atrás la condición de «señorita». Una dama recibía el tratamiento de «señorita» cuando todavía tenía posibilidades de casarse.

–Nada, Mary. –Me volví hacia ella–. ¿Qué querías antes? No parabas de moverte y frotarte la cara como si te picara.

–Tiene barro en la mejilla, señorita Elizabeth. Pensé que querría limpiárselo para que el caballero no la mirara tan fijamente.

Me toqué la mejilla.

–Vaya por Dios, lo que faltaba. –Saqué un pañuelo y escupí en él, y acto seguido me eché a reír por no llorar.

James Foot no acudió a los salones de celebraciones esa noche. Margaret se llevó una decepción, pero no se inquietó hasta el día siguiente, cuando él avisó –aunque no personalmente– de que habían reclamado su presencia en Suffolk para que se ocupara de unos negocios de la familia y que estaría ausente unas semanas.

–¿Qué familia? –preguntó Margaret al pobre mensajero, uno de los muchos primos de lord Henley–. ¡No me dijo que tuviera familia en Suffolk!

Lloró y se sintió abatida, y encontró un pretexto para visitar a los Henley, que no pudieron o no quisieron ayudarla. Yo dudaba que James Foot les hubiera dicho por qué había perdido el interés por Margaret; cuando menos, no les habría hablado de mis guantes o el belemnites. Era un caballero y nunca mencionaría algo así. En todo caso, a los Henley debía de haberles quedado claro que no éramos una familia adecuada con la que emparentar.

Margaret siguió asistiendo a los bailes de los salones de celebraciones y a las partidas de cartas, pero había perdido lustre, y las ocasiones en que fui con ella advertí que había bajado del peldaño superior de la escala social por la que había estado ascendiendo. El desaire de un caballero, justificado o no, causa un perjuicio sutil a una joven dama. A Margaret ya no le pedían todos los bailes, y los cumplidos sobre su vestido, su cabello y su tez eran menos frecuentes. Cuando concluyó el verano parecía fatigada y abatida. Louise y yo la llevamos a Londres unas semanas con la intención de animarla, pero Margaret sabía que algo había cambiado. Había perdido su mejor oportunidad de casarse e ignoraba por qué.

Nunca le hablé de mi encuentro con James Foot en la playa. Tal vez a Margaret le habría consolado saber que mi excentricidad había contribuido a la decisión de James Foot de no seguir cortejándola. Pero también habría pensado que, aunque yo hubiera dejado los fósiles y me hubiera comprado guantes nuevos, no habría sido suficiente. Un hombre elige a una mujer tras una compleja reflexión sobre esta y su familia; se necesita algo más que una hermana rara para dar al traste con los cálculos. James Foot había decidido que

los Philpot no teníamos ni el dinero ni la posición social necesarios para que él pretendiera a Margaret. Mis guantes sucios y un fósil de forma sugerente no habían hecho más que confirmar la determinación que ya había tomado.

Estaba disgustada por Margaret, pero no lamentaba la retirada de James Foot. Sospechaba que siempre me habría mirado como si tuviera los guantes sucios. Y si me juzgaba a mí, ¿cómo juzgaría a mi hermana? ¿La despojaría de toda su vitalidad? No habría soportado que mi hermana se hubiera casado con un hombre semejante.

Años más tarde me topé con James Foot en Colway Manor. A Margaret siempre le entraba dolor de cabeza cuando nos invitaban a sus fiestas y cenas, y Louise y yo no asistíamos sin ella por lealtad. El caso es que en cierta ocasión fui allí para hablar con lord Henley de unos fósiles de los Anning y me tropecé con James Foot y su esposa, que llegaban cuando yo me marchaba. Ella era menuda y pálida y temblaba como una hoja; jamás habría llevado un turbante a un baile. Entonces supe que era mejor que Margaret hubiera escapado a ese destino.

Margaret había alcanzado la cumbre de su potencial durante el verano de James Foot. Al siguiente la trataron como un hermoso vestido guardado en un armario que ha pasado de moda; el escote es ahora demasiado alto o bajo, la tela está un pelín descolorida, el corte ya no resulta tan favorecedor. Nos sorprendió que algo así pudiera ocurrir en Lyme con la misma facilidad que en Londres, pero poco podíamos hacer para remediarlo. Margaret conservó a sus amigos y trabó nuevas amistades entre los veraneantes, pero ya no volvía por las noches con un brillo especial en los ojos ni

se ponía a bailar en la cocina. Con el tiempo los turbantes que insistía en llevar dejaron de parecer tan atrevidos y se convirtieron en una excentricidad de aquella Philpot. No logró escapar casándose como Frances y se quedó soltera como Louise y yo.

Hay destinos peores.